

razon que siente, tal vez con profundidad y extension: el sordo-mudo bien educado tiene conocimiento de sus actos como los demás hombres, é ideas del bien y del mal, de lo lícito y lo prohibido.

Itard dice que la educacion del sordo-mudo es completa á los doce años. En el reglamento vigente del colegio de Sordo-mudos de Madrid, de ese excelente establecimiento que tanto honra á los que á tal punto de perfeccion le han elevado, se marca el tiempo de seis años para la permanencia en él del sordo-mudo. El programa de esta enseñanza autoriza para crearla completa á una edad menor de la que fija Itard (1). Juzgarémos de la inteligencia y de la educacion del sordo-mudo por medio de la escritura: escribiendo contestan á las preguntas que se le dirigen, y en estas contestaciones se manifiesta la inteligencia y la voluntad de esos seres. No seria demás que el médico-legista conociera los diversos medios de que los sordo-mudos se valen para darse á entender, en especial la *dactilología*, ó modo de hablar con los dedos. Recomiendo mucho este conocimiento. La obra que he citado mas arriba debe estar en la biblioteca del médico-legista.

De todo lo que precede se deduce que el sordo-mudo no debe ser considerado como perteneciente á la categoría de enagenados. Hay sin embargo autores, y entre ellos Casper, que consideran á los sujetos sordo-mudos de nacimiento ó de baja edad, en situacion análoga á los imbeciles, y los declaran incapaces. Ya hemos visto en la parte legal lo que las leyes de las partidas disponen respecto de ellos.

No hace muchos años fui consultado acerca de la capacidad de un sordo-mudo desde baja edad, para administrar sus bienes y disponer de ellos, y la primera pregunta que nos hacia el tribunal estaba concebida en estos términos:

«Si en general la sordo-mudez congénita ó idiopática por impotencia consiste y procede de la organizacion cerebral, ó si por el contrario es un defecto puramente físico, de sentido corporal, que no implica vicio en el cerebro ni obsta á la integridad de las potencias del alma.»

Voy á insertar aquí lo que contesté sobre este punto, porque puede servir para resolver esa cuestion y dar á comprender cómo deben ser considerados los sordo-mudos de nacimiento; puesto que los autores de medicina legal no tratan este punto importante, ni con la extension, ni con la lucidez necesaria para llevar la conviccion á los ánimos.

La sordo-mudez congénita ó de nacimiento, igualmente que la que sobreviene antes ó poco tiempo despues de hablar el niño, en sí no es mas que un defecto físico, en la inmensa mayoría de sordo-mudos, el que consiste en una falta mas ó menos completa de audicion ó sensibilidad del nervio auditivo, ú otro vicio del órgano del oido interno, ó sus accesorios, que imposibilita ó dificulta esa funcion de relacion. No habiendo audicion ó sensibilidad del nervio auditivo, los sonidos no se perciben, y el sujeto que ese defecto físico padece, no puede aprender el habla de oidas, que es como la aprenden todos los que tienen sana la audicion. Las palabras pronunciadas son sonidos articulados, nulòs para el sordo de nacimiento, ó de baja edad, como lo demás sonidos.

No oyendo el sordo los sonidos articulados ó las palabras, no pone en juego los órganos destinados á pronunciarlas (laringe, faringe, lengua,

(1) Véase el *Curso elemental de instruccion de sordo-mudos* de D. Juan Manuel Ballesteros y D. Francisco Fernandez Villabrilie.

labios, etc.), siquiera los tenga expeditos para ello. Carece por lo tanto de voz, propiamente tal; no tiene mas que el grito instintivo, sonido gutural inarticulado con escasas inflexiones, y no modifica el estado habitual de los órganos que constituyen el porta-voz de su instrumento vocal para la modulacion ó formacion de las letras, sílabas y palabras, con el acento, entonacion y demás caracteres del lenguaje, propios de la lengua que se aprende.

De todo eso está privado el sordo-mudo de nacimiento ó de baja edad, por carecer de oido; porque oyéndolo es como se aprende; estando facultados instintivamente para ello, por medio de la imitacion, todos los hombres que nacen y siguen viviendo, sin alteracion orgánica en los correspondientes aparatos de audicion y fonacion.

Así es que, si natural ó artificialmente, adquieren los sordos sensibilidad acústica, aprenden luego á hablar, y no se diferencian de los que han hablado desde los primeros años de su existencia, tanto menos cuanto mas completa sea la adquisicion de la palabra, á no ser que haya defectos físicos en los órganos de la voz ó parálisis de los músculos de este aparato, como les sucede á algunos, los cuales en este caso no son mudos por ser sordos, sino porque no tienen expeditos los órganos necesarios para la palabra ó articulacion de los sonidos.

Cuando esos órganos se hallan en estado normal, que es lo que sucede en la inmensa mayoría de los casos, aun cuando el sordo no adquiera la sensibilidad acústica, puede aprender el habla y pronunciar palabras mas ó menos perfectamente, por medio de la educacion que se da en los colegios de sordo-mudos, enseñándoles el mecanismo de las letras y las sílabas, ó lo que es lo mismo, la manera de poner la lengua, los labios, los carrillos y la laringe para pronunciar las vocales y consonantes, ya solas, ya unidas; y aun cuando es raro que eso iguale nunca al poderoso medio del oido para aprender el habla, los sordo-mudos así educados hablan mas ó menos bien, y casi siempre lo bastante para expresar clara y libremente lo que sienten, piensan y quieren.

Todo lo que se acaba de exponer respecto de los sordo-mudos de nacimiento ó de baja edad, que no oyen absolutamente sonido alguno, es aplicable, y con mas razon, á los que oyen un poco.

Si no pueden recobrar el oido ni aprender el mecanismo de la palabra, ó no se les ha enseñado, apelan á otros medios para explicarse; al alfabeto manual ó dactilología, y mas aun á la mímica ó lenguaje pantomímico, de gestos ó de accion; medios muy abonados para suplir la palabra, y con estos recursos poderosísimos se ponen en relacion con sus semejantes de un modo análogo á los que hablan.

Obsérvase que, siquiera oigan un poco y hayan aprendido á pronunciar algunas palabras ó muchas, casi siempre se los ve preferir el lenguaje pantomímico, no solo para entender á los demás, sino tambien para expresarse; y la razon de esta conducta está en que la atencion, que han de prestar oyendo, los fatiga, su oido escaso no satisface su avidez y necesidades, y se encuentran á sus anchas apelando á la parte mímica, reservándose la palabra solamente para casos determinados.

Con el auxilio de esos medios aprenden tambien la escritura y á leer, así como aprenden el dibujo y otras cosas que no necesitan de oido ni voz articulada, con mas ó menos resultado, conforme sean sus aptitudes intelectuales, científicas, industriales y artísticas, y sus grados de aplicacion y aprovechamiento, en lo cual influye, como sucede en los niños

que hablan, la índole diversa y variable de sus instintos y sentimientos naturales y educados.

Por los mismos medios, en fin, no solo reciben la educacion empírica que se adquiere con el simple roce social, con los contingentes resultados que dan las variables circunstancias personales y de relacion y localidad en que viven, sino tambien la educacion esmerada de los maestros y escuelas, aprendiendo en uno y otro caso, y mas aun en el segundo, el conocimiento del bien y del mal, sus deberes para con Dios, para consigo mismos y para con sus semejantes.

Vése, de consiguiente, que el sordo-mudo de nacimiento ó de baja edad, por el mero hecho de serlo, no se diferencia de los demás sujetos que hablan, sino en los medios de expresarse; que ese defecto físico no implica forzosamente vicio orgánico cerebral, ni falta ni trastorno de las potencias del alma.

Si lo que va dicho no bastara para dejarlo demostrado, quedará puesto en la última evidencia con algunas consideraciones, ya relativas á la condicion especial de los sordo-mudos de nacimiento ó baja edad, ya concernientes á la psicología general, ó al órden fisiológico de las manifestaciones anímicas en toda la especie humana.

Los casos de curacion de sordo-mudos de nacimiento ó de baja edad, por medio de la adquisicion ó recobro del oido, son hechos irrefragables á favor del aserto relativo á que ese defecto físico en nada afecta radicalmente el ejercicio normal de las facultades intelectuales y afectivas, mientras el cerebro, condicion orgánica, instrumento material de las potencias del alma, se encuentre completo ó íntegro en su desarrollo fisiológico y en estado de salud. Esas personas han hablado luego, y se han expresado como los cuerdos, como los sujetos de plenitud intelectual y moral, y nunca podrá atribuirse ese estado de su mente al simple recobro de la audicion, de la sensibilidad especial del nervio auditivo, puesto que los nervios de los sentidos no ejercen otra funcion que recibir las impresiones de los agentes exteriores respectivos y transmitir las al cerebro. La inteligencia y la voluntad no residen en los sentidos; estos son sus auxiliares, no sus órganos funcionales. Antes de hablar eran tan cuerdos, como despues de haber adquirido la palabra. No han hecho mas que por un lado extender la esfera de su sensibilidad especial y sus percepciones, y por otro, mudar de signos para expresarse.

Son igualmente hechos irrefragables, de que la sordo-mudez congénita ó de tierna edad, debida á la falta de audicion, no afecta radicalmente la inteligencia ni la voluntad, los casos de sordo mudos, en los que, sin adquirir la sensibilidad acústica, el sordo ha aprendido el mecanismo de la palabra, y ha podido expresarse mas ó menos perfectamente con ella. Para esa educacion, es necesario que haya inteligencia; que el sujeto comprenda lo que se le enseña, que no solo perciba bien por medio de la vista los gestos del que le educa y las cosas que le muestra, sino que se forme ideas de relacion entre esos gestos y las letras, y las modificaciones de los órganos de la voz que estas exigen, y entre los objetos é ideas á que se refieren las palabras que el sordo aprende de esa suerte á pronunciar. Ha de fijar la atencion, percibir los movimientos y actitudes del que le enseña, recordarlos, compararlos con las formas de las letras, relacionarlos con los objetos é ideas que esas formas mudas representan; ha de poner, en una palabra, en juego todas sus facultades intelectuales, perceptivas y reflexivas, todavía con mas

ahinco, fuerza é intencion que el que instintivamente lo aprende oyéndolo pronunciar á otros.

No habiendo inteligencia apta para esos ejercicios, nada de eso se aprende. Inútil seria emprenderlo con un idiota y ciertos imbeciles sordo-mudos; no comprenderian nada de lo que se les enseñase, y no hablarian nunca por ese medio ni por otro.

Sónlo, por último, igualmente, todos aquellos casos, en los que el sordo mudo aprende el alfabeto manual, ó la dactilología y la mímica, ó el lenguaje pantomímico, con los que luego expresa, con mas ó menos energía y extension, todo cuanto siente, piensa y quiere.

El alfabeto manual es un conjunto de convenciones reducidas á diferentes posiciones y movimientos de los dedos de la mano, abierta ó cerrada, por medio de las cuales se representan las vocales y consonantes. Con ellas se dibuja en cierto modo la forma de las letras; y con estas formas, mas ó menos groseras ó aproximadas á la de la escritura, se establece la relacion debida entre ellas y las letras, y luego entre estas, formando sílabas y palabras, y los objetos é ideas que aquellas expresan.

El sordo-mudo aprende el alfabeto manual por medio de la vista; ve los movimientos y actitudes de las manos, relacionadas con las formas de las letras, y así aprende á formar palabras, que relacionadas con los objetos y las ideas no objetivas ó generales, le sirven para explicarse y entender á los demás que así le hablan.

En todo eso hay, por lo tanto, un mecanismo intelectual completo. Hay puestas en juego las facultades intelectuales perceptivas y reflexivas, y en mal hora aprenderia el sordo-mudo nada de eso, si por ser sordo y no hablar no tuviera inteligencia. El idiota, y ciertos imbeciles, por no decir todos, son incapaces de aprender el alfabeto manual, como cualquier otra cosa que reclame el ejercicio, no solo de las percepciones, sino de la reflexion.

Otro tanto puede decirse, y con mas razon todavía, de la mímica ó del lenguaje pantomímico. Este modo de explicarse es geroglífico, es simbólico, es á menudo metafórico, y basta hablar de geroglíficos, símbolos y metáforas para comprender el grado de fuerza intelectual que todo eso reclama, para expresarse de esa manera y entender á los demás que así se dirigen al sordo-mudo. Aquí la comparacion, la analogía y la causalidad, facultades de un órden superior que constituyen la reflexion y la conciencia humana, y alimentan la imaginacion, atributo exclusivo del hombre, ocupan el primer lugar para dar al sordo-mudo los poderosos recursos del lenguaje de los gestos.

La mímica es, pues, ó la pantomima, un medio de expresion eminentemente intelectual, y en ciertas ocasiones mas espiritual que la palabra. El sordo-mudo se forma instintivamente desde su temprana edad ese lenguaje de gestos ó de accion, con el que se pone en relacion con sus deudos y allegados, de un modo análogo al que habla. No hay mas diferencia sino que el que hace uso de la palabra se vale, para esas relaciones, de signos audibles, y el que apela á la pantomima, se sirve de signos visibles.

Con el simple uso de ese lenguaje de accion, ó de gestos, el sordo-mudo se va elevando con el tiempo á un grado de cultura intelectual y moral, semejante, en igualdad de las demás circunstancias, al de los que poseen el don de la palabra; puesto que son pocas las ideas particulares y generales á las que no sirvan de vehículo los gestos. La imperiosa

necesidad que tiene de revelarse se lo enseña instintivamente, antes que tenga maestro que le eduque, como lo hace el niño que habla, respecto del lenguaje oral. Si no le educan, se iguala al que habla y que tampoco tiene educación escolar, y si entra en un colegio ó le dan maestro, se aumenta su instrucción tanto intelectual, como moral, á proporcion del grado de desarrollo de sus facultades mentales, de los métodos de enseñanza, y de la aptitud del maestro que le guía.

El lenguaje pantomímico, ora sea natural, instintivo ó empírico, ora artificial, enseñado ó metódico, es un conjunto de signos varios y diversos, especie de dibujos aéreos y fugaces que trazan las formas sensibles de las ideas objetivas y subjetivas, por medio de las cuales se manifiesta la inteligencia y la voluntad con todos los atributos característicos. Si se hallan esas facultades en un estado normal, la sana razón se ostenta al trasluz de la pantomima, como al través de la palabra, y si están trastornadas, ó en decadencia, se trasparenta el delirio ó la debilidad de las potencias del alma, de un modo análogo á lo que acontece con las que revelan ese deplorable estado, hablando ó verbalmente.

La pantomima es un lenguaje que se dirige al alma por medio de la vista, de un modo tan rápido, significativo y eficaz, como la palabra que hace otro tanto por medio del oído; es á menudo mas extenso y mas rico que el lenguaje oral, porque se compone de formas, y la naturaleza tiene mas formas que sonidos. Con él se representa una infinidad de objetos ó ideas, ya de un modo directo ó representativo, ya de un modo indirecto ó figurado. El sordo-mudo pinta, para decirlo así, con la pantomima directamente, ya la forma de los objetos, ya su uso, ya alguno de sus mas notables atributos, ya la impresión que nos hacen en alguno de los sentidos: mas rápida, mas enérgica y mas concisa que la palabra, respecto de los objetos ó ideas particulares del mundo físico, tiene que valer para las generales ó del mundo subjetivo, ó de relación, de síntesis, análisis, perífrasis y definiciones, en muchos casos, en los que la palabra no necesita mas que dar su nombre á las cosas ó ideas del mundo general.

Ese lenguaje es susceptible de convenciones que le dan mas rapidez y claridad, y tiene distinciones en sus signos, análogos á los de las escrituras geroglíficas. Tan pronto se emplean los signos de un modo directo; tan pronto de un modo figurado ó metafórico; ya se valen del todo para representar una parte; ya de una parte para representar el todo. Los tropos caben en la pantomima como en la palabra hablada y escrita, porque la retórica y la poesía no tienen su fuente en los sentidos; la tienen en el cerebro.

Cuanto mas metódico y mas científico es el lenguaje de la pantomima, mas abunda en signos sintéticos, en símbolos y analogías que abrevian la expresión, volviéndola mas enérgica y poética.

Para acabar de comprender la equivalencia del lenguaje pantomímico al oral, no se necesita mas que fijar un poco la atención en lo que sucede, cuando el sordo-mudo sabe leer y escribir, y en lo que pasa con los intérpretes. El sordo-mudo que sabe leer, traduce en su lenguaje de acción lo que lee, con tanta mas exactitud ó identidad, cuanto mayor es su instrucción en esta parte. Y si en vez de dirigirse á él por escrito, se le habla con signos pantomímicos y se le exige la prueba de que entiende lo que así le dicen por medio de la escritura, escribe cuanto se le dice pantomímicamente, y tambien tanto mejor, cuanto mas cultivada tenga la pluma.

Cuando nos ponemos en relación con un sordo-mudo, por medio de un intérprete que sabe la dactilología y conoce la pantomima general y peculiar del sordo-mudo, todas nuestras palabras, traducidas exactamente en gestos por el intérprete, y apreciadas por el sordo-mudo, son perfectamente entendidas por ese intermedio. La traducción convierte los signos fónicos en signos mímicos, y las ideas, alma del lenguaje ó de la expresión, pasan de unos á otros sin alteración esencial alguna.

Es lo mismo que cuando se hablan dos sujetos de nación diferente. Solos no se entienden, hablando cada uno su idioma peculiar; pero hay un intérprete que conoce ambos idiomas, y traduciendo del uno al otro lo que cada uno de esos sujetos dice, se entienden perfectamente, como si hablaran la misma lengua.

Basta esta rápida reseña de la pantomima y sus caracteres, para dar á conocer cuán necesaria es la inteligencia ó la integridad mental para alcanzar esa forma de expresión, la mas común, la mas general, la mas natural, instintiva y querida de los sordo-mudos, puesto que es la mas fácil para ellos y la que mas les consiente la manifestación de su conciencia ó la revelación al exterior de su estado íntimo; así como lo es la palabra para los que oyen y hablan. Los mismos que oyen y hablan un tanto, la prefieren, porque sienten menos fatiga, tienen menos trabajo y se encuentran mas expeditos para explicarse.

■ Sin aptitud para ejercer las facultades intelectuales perceptivas y reflexivas; sin la integridad de unas y otras, es de todo punto imposible el lenguaje de los gestos; no solo el que puede aprenderse en las escuelas, sino tambien el que instintivamente aprenden los sordo-mudos en su roce social, acosados por la necesidad que tienen de revelarse, como lo sería la palabra en casos análogos, y si se observan diferencias en los grados de fuerza intelectual, estas tienen su razón de ser en la organización mas ó menos feliz del individuo, como sucede en los que oyen y hacen uso de la palabra.

A estas consideraciones deben añadirse otras que, sobre probar que hay toda la integridad mental del cuerdo en los sordo-mudos que no padecen mas que este defecto físico, pueden reducir á nulidad las objeciones que los poco versados en esta clase de estudios hacen, fundados en el orden gramatical con que los sordo-mudos anuncian sus ideas.

Los signos mímicos son como unas radicales que se apartan un tanto de nuestras categorías gramaticales. Algunos á veces representan indistintamente varias ideas, así la primitiva como las derivadas, por ejemplo, un mismo signo puede representar *hermoso*, *hermosamente*, *hermosura*. Ese lenguaje tiene su gramática, la general, la que exige forzosamente toda educación de ideas relacionadas, sea cual fuere el medio de expresión que se adopte, geroglíficos, símbolos, escritura representada, fonética, alfabética, palabra, mímica, etc. Pero en punto á partes de la oración, absolutamente necesarias para que haya juicio y raciocinio, hay grandes diferencias. Los sordo-mudos suprimen partes de la oración, especialmente artículos, preposiciones y conjugaciones. No declinan los nombres ni conjugan los verbos. La sintaxis procede de lo conocido á lo desconocido. Expresan las relaciones indicando primero los objetos entre los que se establecen; el verbo va tras su régimen, la preposición tras su complemento. Es una sintaxis inversa, diferente de la que se sigue en las lenguas que se llaman directas.

Ese orden no es una falta de inteligencia ni arguye imperfección de

ella, como alguno pudiera creer á primera vista; es el carácter especial y propio del lenguaje pantomímico de los sordo-mudos. Tan habituados están á ello que los mismos que hablan un poco y escriben, no teniéndolo por costumbre ó no haciéndolo con frecuencia, siguen esa misma sintaxis, tanto mas cuanto menos recuerdan las lecciones que se les haya dado de gramática y de sintaxis.

Que eso no arguye falta de inteligencia se demuestra, recordando en primer lugar que el género humano empezó á expresarse pantomímicamente, así como empezó la escritura siendo simbólica, y siendo el alfabeto primero representativo que fonético, y en segundo lugar que hay lenguas en las que la sintaxis es inversa, por la cual se llaman inversivas ó traspositivas. Entre ellas pueden citarse, como la mas generalmente conocida, la latina y hasta la misma española en ciertos casos.

En los colegios de sordo-mudos donde se educa á los niños que tienen la desgracia de no oír ni hablar, sobran los datos prácticos para convenirse de que esos infelices, por el mero hecho de no oír ni hablar á causa de ser sordos, no dejan de tener todos los atributos del hombre cuerdo, ni de estar dotados de facultades intelectuales y afectivas, en grados análogos á los niños de las escuelas generales ó destinadas á la enseñanza de los que oyen y hablan. Nadie los tiene por locos, idiotas, ó imbeciles ó faltos de integridad mental, y entre ellos se observan en grados diferentes las mismas aptitudes científicas industriales y artísticas que en los demás, que no tienen ese defecto físico, como no sea de los que necesitan del oído ó la palabra.

Concluida su educacion, pasan al seno de la sociedad á desempeñar sus destinos, ejercen este ó aquel oficio ó profesion, casan, cuidan de sus intereses, etc.

Si del estudio y análisis de lo que son los sordo-mudos en su estado, lenguaje especial y medios de instruccion y educacion, se pasa al de las facultades del hombre en general, y los órganos con que las realiza ó ejerce, manifestando al exterior sus actos psíquicos, se acabará de ver que el sordo-mudo por solo este defecto, no carece de entendimiento ni voluntad.

De comun acuerdo ya entre los psicólogos y alienistas modernos que siguen los progresos de la ciencia, el cerebro es el órgano de las facultades intelectuales y afectivas.

Los nervios de los sentidos solo sirven para recibir las impresiones de la luz, de las vibraciones del aire, de los cuerpos olorosos, sápidos, del contacto, dureza, temperatura, etc. Las sensaciones son su única y especial función. Cada una de ellas trasmite las impresiones que le son propias al cerebro, y solo se elevan á la categoría de impresiones en ellos ejercidas los órganos de las facultades intelectuales, perceptivas, innatas, como todas las demás residentes en el cerebro, y formando parte de su organizacion, quedan á su vez impresionadas. Verificadas las percepciones ó ideas particulares, de color, forma, dimension, movimiento, número, distancia, duracion, orden, peso, etc., etc., en el alma por medio del cerebro, las facultades reflexivas, comparacion y causalidad, engendradoras de ideas generales ó de relacion, subjetivas y abstractas, entran en juego, produciendo juicios, pensamientos, oraciones, ratiocinios, y afectados á su vez en la formacion de unas y otras ideas, los instintos y sentimientos, se excita el deseo ó la aversion, ó lo que es lo mismo, la voluntad sentida, la que, si la reflexion y otros instintos y sen-

timientos contrarios ó antagonistas no las cohiben, excita la reaccion sobre los órganos de los movimientos para realizar las voliciones y obrar al exterior manifestando lo que se siente, piensa y quiere.

En este mecanismo psíquico, para el cual nos ha dado la naturaleza ó el Criador aptitudes innatas, mas ó menos enérgicas y extensas, desde el grado mas rudimentario hasta el mas elevado ó de genio, hay cierta independencia funcional, pudiendo estar sanos ó íntegros unos órganos, y otros enfermos é incapaces de funcionar, sin que por eso aquellos pierdan su aptitud. Los nervios de los sentidos pueden perder su sensibilidad especial respectiva. En los aparatos de la vision, de la audicion, olfatorio, gustativo y táctil, puede haber una ó mas causas que impidan el ejercicio normal de su funcion peculiar, sin que por eso deje la masa cerebral de ser apta para ejercer las funciones que le son propias y facilitar al alma la revelacion de sus potencias.

Puede un hombre estar ciego por esta ó aquella causa que solo afecte al aparato de la vision, sin que por eso su entendimiento y su voluntad dejen de estar sanos. Otro tanto sucede respecto del de la audicion, olfato, sabor y tacto.

Aun cuando la falta de uno ó mas sentidos sea congénita, ó sobrevenga al año ó dos de la vida, por esta ó aquella causa, no por eso pierde el cerebro sus facultades peculiares. Dejará de ejercer sus funciones sobre el orden de ideas, que por medio del sentido que falta se adquieran; mas le restan otros sentidos, y estos, con sus sensaciones respectivas, le excitan y ponen en movimiento, en mayor ó menor escala, las facultades intelectuales y afectivas, cuyo estímulo múltiple no reside exclusivamente en este ni aquel sentido.

Es cierto que la audicion es un gran medio de desarrollo intelectual y moral, y que la palabra que le es debida, contribuye en gran manera á ese desarrollo; mas ésto igualmente que por no oír ni hablar, no deja de haber otras puertas, y entre ellas la de la vista, tanto ó mas ancha que el oído, por donde pueden entrar las nociones y una infinidad de ideas particulares ó de sensaciones que den lugar á ellas, y promover el desarrollo de las facultades intelectuales y afectivas de un modo mas que suficiente para que el sugeto despliegue todo el lleno de su entendimiento y voluntad.

El sordo no tiene ideas relativas á todo lo que concierne á la vibracion del aire, y su impresion sobre el nervio auditivo; si no habla, no tiene el recurso de la palabra para expresarse; pero le resta el olfato, el gusto, el tacto, y sobre todo la vista, para impresionarse por todas estas vías, percibir todas las sensaciones que les son peculiares, y ejercitarse el entendimiento y la voluntad en ellas, y tiene la pantomima para expresar la vida anímica, tiene la dactilología, tiene la escritura y hasta la palabra mecánicamente aprendida, si se la han enseñado, y con todos ó parte de esos poderosísimos recursos, alcanza todo lo que alcanzan los que oyen y hablan con la palabra, en punto á la libre manifestacion de sus potencias mentales y patéticas; puede relacionarse con sus semejantes de un modo análogo al que habla, y bajo este aspecto ó el punto de vista de su libertad de relaciones con Dios, consigo mismo y con los demás, no se diferencia en modo alguno esencial de los que obran con la integridad de sus sentidos y la posesion de la palabra. El sordo-mudo es tambien *consciens et compos sui*; tiene conciencia de sí propio y de lo que le es ajeno, del *yo* y del *no yo*, como diria Fichte, discernimiento, libre albe-

drío, y es y debe ser responsable de sus actos, por lo mismo que es libre, que se sabe y se posee; que puede dirigirse en la realizacion de sus impulsos íntimos por medio de su reflexion y demás facultades auxiliares, con arreglo á las leyes de la conciencia humana.

Y así como hay inteligencias obtusas, limitadas, torpes en el círculo de la cordura y voluntades débiles, frias y apáticas, coexistiendo con plenitud y hasta grados exquisitos de sentidos externos; así tambien hay entendimientos privilegiados, talentos no comunes, científicos, industriales y artísticos, y voluntades enérgicas, apasionadas, volcánicas, coincidiendo con la imperfeccion, y hasta abolicion total, no solo del olfato ó sabor, sino tambien del tacto, ó de la vista, ó del oido. Y si esos entendimientos, y si esas voluntades así vigorosas no tienen para desplegar su tendido y ráudo vuelo un medio, se buscan otros; los sentidos se suplen, la falta de uno se repara, aguzándose los demás. Los ciegos perfeccionan su oido y su tacto; los sordos su vista y su mimica; y si quiera carezcan de la palabra, tienen, como se ha dicho, otros recursos tanto ó mas poderosos que aquellos para revelar al exterior toda la vida, toda la agitacion, todo el movimiento de su mundo íntimo.

Hoy dia, ningun fisiólogo, ningun filósofo, ningun alienista que esté á la altura de los progresos de la ciencia, profesa otras doctrinas que las expuestas. Pasaron ya los tiempos de los Aristóteles y los Lucrecio, en los que se consideraban los sordo-mudos como seres imperfectos incapaces de instruccion. Pasaron igualmente los de San Agustin, en los que este elocuente y sabio obispo, interpretando mas bien la letra que el espíritu de aquellas palabras de San Pablo *fides ex auditu*, se tenia á los sordo-mudos por sugetos indignos de pertenecer al seno de la Iglesia. Si en nuestros dias hubo un Sicard que tenia á los sordo-mudos no educados por poco menos que por brutos, bien se comprende, como dice un escritor moderno, que tanta exageracion radicaba en la importancia que se queria dar á los establecimientos destinados á educar á esos infelices. Si hubo un Ytard que consideraba á los sordo-mudos como desprovistos de un gran medio de desarrollo intelectual y moral, é inferiores en este sentido á los demás hombres, su infundado rigorismo no ha merecido la aceptacion de los sabios modernos, y sus severas opiniones han sido victoriosamente refutadas por el sordo-mudo Fernando Resthier, cuya memoria fué sancionada por la Academia de Medicina de Paris, informada por los doctores Gerdy y Gueneau de Bussy, y por la de Ciencias morales y políticas, la que, despues de largas y repetidas sesiones, le dió las mas inequívocas muestras de su grave asentimiento.

En virtud de todas las consideraciones que preceden, resumo mi opinion sobre este punto diciendo:

Que la sordo-mudez de nacimiento ó de tierna edad, antes ó poco tiempo despues del desarrollo de la palabra, no procede en general de un defecto de organizacion del cerebro, sino que es un defecto puramente físico del sentido corporal, que no implica vicio alguno en dicha entraña, como instrumento material de las potencias del alma, ni obsta á la integridad de estas potencias.

Por lo tanto, no puede considerarse como una categoría de enagenados, y mucho menos cuando han recibido alguna educacion ó han tenido roce social, que los iguale, bajo este punto de vista, á los que hablan y tampoco han sido educados.

*Menores de edad.*— Sobre los menores de edad nada tiene mos que decir

como formas de locura. Son seres incompletos todavía; especie de imbeciles temporales que no tienen todavía desenvuelto su cerebro, y que por lo mismo no están en el pleno uso de su razon, por lo cual la ley los considera irresponsables criminalmente, é incapaces para varios cargos, como á los locos.

Todo lo que acerca de los menores de edad podríamos decir, no seria mas que una aplicacion de lo relativo á los imbeciles. Ya hemos dicho que hay grande analogía entre la imbecilidad y las primeras edades del hombre.

*Locuras idiopáticas por perversion.*

*Manía.*— Respecto de la cabeza, cara y cuerpo de los maníacos, debo recordar lo que he dicho de los dementes. Los síntomas que deben buscarse en ellos son psíquicos; los somáticos no se refieren á defectos de organizacion. Los caracteres principales de la manía son: el error de los sentidos, las alucinaciones y la exuberancia de ideas profundamente desarregladas.

*Errores de sentidos.*— Toman á unas personas por otras; no ven lo que tienen delante, y creen ver lo que no les impresiona; oyen voces que les aconsejan á menudo cometer acciones malas, contrarias á su honor, á su interés y hasta al sentimiento de su conservacion propia. Su gusto está pervertido; rehusan los alimentos sanos, y comen inmundicias. Son inútiles para todo trabajo, ya porque juzgan mal los objetos que los rodean, ya porque carecen de tacto. Adviértase, sin embargo, que esos errores de sentidos no son comunmente simultáneos: tan pronto se ofrecen en unos, tan pronto en otros; es raro que lo estén todos á la vez. Las alucinaciones mas frecuentes son las del oido; creen oír voces que los excitan á esto ó aquello, ruidos de toda especie, etc.; háylas, con todo, del olfato y del gusto. Dice Esquirol que un alucinado quiere que le quiten olores importunos, ó bien está saboreando los olores mas fragantes; sin embargo, no hay cerca de él ningun cuerpo odorífero, y antes de estar enfermo acaso no tenia olfato. Otro cree mascar carne cruda, moler arsénico, devorar tierra; el azufre, la llama abrasan su boca; traga néctar ó ambrosia. Un pobre loco lamia las paredes y el suelo creyendo chupar naranjas.

Hay tambien á menudo ilusiones interiores que afectan los juicios, y los enfermos se exageran las sensaciones internas. Esto es frecuente en los hipocondríacos. Esquirol cita el ejemplo de una mujer que creia tener un regimiento en su vientre; sentia las evoluciones y marchas de los soldados, quienes la desgarraban con sus armas.

*Exuberancia y desarreglo de ideas.*— Hay maníacos que carecen de memoria y de comparacion; hablan con profusion, pero sin ningun enlace en las ideas. Un saco de palabras revueltas que sonasen á proporcion que se fuese vaciando, nos daria la idea de esa desarreglada locuacidad de algunos maníacos; tanta es la volubilidad y desacuerdo de sus frases. Hay otros que conservan la facultad de escribir, y escriben con la misma locuacidad y algarabía con que hablan. Devergie ha visto á un enagenado que escribia mas de cuarenta cartas al dia, y en todas ellas se echaba de ver el mas completo desorden de ideas.

La exaltacion de los maníacos no es siempre pacífica; las pasiones entran en juego, y se los ve acosados de odio, de cólera, de venganza y de furor.

Los diferentes grados de que es susceptible la manía, no pueden reducirse á número determinado de tipos, porque son infinitos; solo es posible designar algunos que vienen á ser formas bastante generales y frecuentes.

Hay, por ejemplo, el que algunos llaman:

*Manía razonadora de Pinel.*—El sugeto se conduce bien en lo general, raciocina como el comun de los hombres; pero á lo mejor hace extravagancias; se entrega á algun arrebató, ó se rasga las vestiduras. Devergie ha visto á una jóven, la que siempre que la desnudaban encontraba medio de rasgarse el refajo, cualquiera que fuese la precaucion que se tomase para impedirlo; y cuando no lo podia conseguir, se le declaraba un furor terrible. Concluida su tarea, se excusaba, y prometia no volverlo á hacer.

En otros casos se advierte cierta agitacion y movilidad en el sugeto; se fija su atencion en lo que se quiere; responde bien; raciocina con sensatez; pero todo esto dura poco. En cuanto se prolonga la conversacion ó el ensayo, todo se acabó, ya no hay formalidad; el maníaco grita, canta, rie, llora, se arrebata, y muestra la triste realidad de su desdicha.

En otras ocasiones hay excitacion vivísima de las facultades intelectuales; ideas rápidas, falsas, incoherentes, ilusion de los sentidos; alucinaciones, disposiciones á chillar, á arrebatar, á enfurecerse; el enfermo es extraño á cuanto le rodea; grita, canta, salta, marcha precipitadamente, olvida sus primeras necesidades; no tiene frio, ni calor, ni experimenta dolor alguno.

La manía toma ciertas donominaciones, entre algunos autores, por la forma de sus síntomas ó las ideas dominantes.

Así la llaman *lipomanía*, cuando el maníaco está triste, melancólico, taciturno; *keromanía*, cuando está alegre y bullicioso; *demonomanía*, cuando no habla mas que de espíritus malignos y del diablo; *licantropía*, cuando se figura ser lobo, etc. Si por esos motivos tuviéramos que dar nombre á las manías, y hacer clasificaciones de ellas, no acabariamos jamás. Contentémonos con indicar esas denominaciones, y digamos cuatro palabras sobre esas formas especiales de manía.

Los *lipemaniacos* se suelen fijar en una idea ú objeto, blanco constante de sus miras y fuente inagotable de sufrimientos. La facies de estos enagenados es particular; color por lo comun pálido y amarillento; fisonomía inmóvil, crispada y contraída; ojos fijos ó inquietos; ideas tristes y dolorosas. Son tímidos, desconfiados, sospechosos, y buscan siempre la soledad; se niegan á todo ejercicio; hablan poco, y lo que dicen siempre versa sobre lo mismo ó sobre temas melancólicos. Las funciones de estos desdichados se ejercen con notable lentitud. Este estado intelectual no suele ser brusco, suele ser la consecuencia de ciertos antecedentes que han obrado por algun tiempo y con fuerza sobre el corazon y entendimiento del sugeto.

Los *keromaniacos* son el reverso de la medalla; sus facciones están animadas; son expresivas, y sobremanera móviles. Los ojos son vivos, á veces injectados y brillantes; buen color, acaso mas subido que de ordinario; están alegres; son vivarachos, petulantes, audaces, temerarios, de notable movilidad; hacen mucho ejercicio, como las ardillas; nunca están quietos; meten bulla por todas partes; charlan hasta por los codos, como se dice vulgarmente, y nada puede oponer obstáculos al ejercicio

de sus funciones. Estos locos son dichosos; cada uno se forma de sí mismo la mas aventajada idea; la grandeza, los tesoros, la felicidad está en su mano; ya se creen grandes señores, ya príncipes, ya reyes, ya dioses; otros están en la conviccion de que son los mejores poetas, los mas hábiles pintores, los sabios mas profundos, los oradores mas elocuentes, los músicos mas inspirados, los mas valientes guerreros. Algunos se creen riquísimos, y reparten con profusion sus dones. Otros, en fin, tierna y apasionadamente enamorados, se mecen en las extáticas ilusiones de un amor correspondido, y gozan en sus éxtasis de una felicidad que solo existe en ese mundo de quimera y fantasía por donde rueda la enferma inteligencia de esos desgraciados felices.

Los *demonomaniacos* son maníacos religiosos, y á esa clase pertenecen los espiritados ó inspirados, lunáticos, teomaniacos, cacodemoniacos, los convulsionarios que se creen poseidos del diablo, los que creen tener relaciones eróticas con ángeles y demonios.

Todas estas formas, y otras análogas en el fondo, son lo mismo; los que los presentan son juguets de errores de sentidos y alucinaciones, que versan sobre ideas religiosas y esas entidades, verdaderas ó supuestas, con que se los ha espantado en los sermones ó en los libros religiosos y caen en el delirio que esos extravíos los suscitan; hay ciertamente casos notables y dignos de estudio.

Esos locos siguen el vuelo de las ideas de los pueblos y tiempos en que viven. En la antigüedad habia los Orestes, los Meleagro y los Edipo llevados de las furias. En la edad media, los espiritados, los inspirados, los lunáticos, los brujos, los hechiceros, los incubos, los sortilegios, etc., etc. En nuestros dias hay algo de esto, y como nueva forma los magnetizados y magnetizadores, los espiritistas, y gran parte de los que creen en el misticismo homeopático.

En cuanto á la zoantropía ó licantropía, hé aqui lo que dice Esquirol: «Como una de las variedades de la demonomanía puede considerarse la zoantropía, depiorable aberracion que rebaja el instinto del hombre, persuadido que se ha convertido en bestia. Esta extraña locura ha sido observada desde la mas remota antigüedad: se refiere á los cultos de los antiguos paganos, que sacrificaban animales á sus dioses.»

La *licantropía* ha sido descrita por Aecio y los árabes. En Francia se ha dado el nombre de *lobos marinos* á los licántropos. Estos desgraciados huyen de la sociedad, viven en los bosques, en los cementerios, en las ruinas de algún castillo; corren por las campiñas de noche y dan aullidos; se dejan crecer la barba y las uñas, confirmandose así en su lamentable conviccion, cubriéndose de largos pelos y armándose de garras. Incitados por la necesidad ó por su fiereza, se precipitan sobre los niños, destrozándolos, asesinándolos y comiéndoselos. Roulet, á fines del siglo XII, fué arrestado como lobo marino, y confesó que en compañía de su hermano y su primo, despues de haberse frotado el cuerpo con un unguento, se convirtieron en lobos; entonces corrieron los campos y comian niños. La justicia, mas ilustrada que en los siglos anteriores, envió estos desgraciados á un hospital de locos.

Se han visto licántropos que se creen transformados en perros; los llaman *cinántropos*. Un gran señor de la corte de Luis XIV experimentó por un instante el deseo de ladrar. Dom-Calmet dice que en un convento de Alemania los religiosos se creyeron convertidos en gatos, y que á una hora fija de la noche corrian mayando á cual mas y mejor.

A estos hechos, citados por Esquirol, podemos añadir el del *hombre lobo* de Galicia, proceso célebre que no hace mucho ha ocupado la atención pública, y que dió lugar á que un profesor extranjero remitiese al gobierno un escrito sobre la posibilidad de la licantrópia y de que el hombre lobo de Galicia no fuese un criminal, sino un maníaco licántropo. Creemos que este asunto fué sometido á cierta corporación científica; pero ignoramos el resultado.

Michelet ha escrito un libro titulado *La Sorciere*, en el que va siguiendo, desde los tiempos mas remotos, las transformaciones de esa clase de locura. Es digno de leerse ese libro bajo ese aspecto. Léese en él que una dama aristocrática salía por las noches de su castillo, creyéndose loba; una noche, su marido, teniéndola por una fiera, quiso cazarla, y la cortó una pata, esto es, una mano, la que recogió y metió en su escarcela; llegado al castillo, la sacó y se encontró con la mano de su esposa, la que reconoció por el anillo que llevaba. La acusó de bruja ó loba ante el tribunal, y este condenó á la infeliz señora á ser quemada viva.

En todas esas últimas formas de la manía, y otras muchas que podrian ocuparnos, lo esencial de la enfermedad se presenta siempre, no solo respecto del carácter comun de los locos, sino tambien de los maníacos, siquiera las alucinaciones y errores de sentidos, con todas las demás aberraciones, presenten determinada tema. Son formas que se acercan á la monomanía, pero que no lo son, aun cuando haya algo preterminante y fijo; casi no hay manía donde á vueltas de muchos errores de sentidos y muchas alucinaciones, igualmente que de muchas otras extravagancias, no haya alguna que sobresalga y que se presente con mas frecuencia, ya que no constantemente.

Confesemos, sin embargo, que de esas manías á los monomaniacos, así como de estos á aquellas, hay tan poca diferencia á veces, y es tan difícil señalar los límites, que en mas de una ocasión vacilará el perito; bien que ya se deja concebir que apoyado en los datos que encuentre, así calificará, y no es una cosa de grande importancia en el fondo de la cuestión, llamar ese caso práctico manía con tema predominante, ó monomanía.

Las consideraciones en que acabo de entrar explican sobradamente por qué no me fijo particularmente en una forma de locura que Morel coloca entre las idiopáticas de su clasificación, y que desde algun tiempo á esta parte, parece llamar la atención de los alienistas, con tanta preferencia, como ha sucedido entre los toxicólogos respecto del arsénico. Aludo á lo que se llama la *parálisis general, progresiva, ó delirio de las grandezas*. Esa forma de locura es, en efecto, singular, bastante comun en nuestros tiempos, notable por las perturbaciones que produce en los movimientos, ya generales, ya parciales, en la marcha, en la actitud, en la palabra, etc., y por la exageración de la personalidad del loco, que se cree fuerte, mas sano que nunca, capaz de todo, y se entrega á las ideas y proyectos grandiosos en esta ó aquella forma, sintiendo progresivamente una debilidad muscular que le conduce á menudo con rapidez á la resolución completa de las fuerzas físicas y á la demencia, para terminar con la muerte.

Mas, por notable que sea esa forma de locura, y por mas que, bajo el punto de vista terapéutico y alienista, tal vez convenga considerarla aparte y como una forma especial de su género, muy diferente de las demás del mismo, no por eso deja de ser una *manía*, puesto que tiene todos los

caracteres esenciales de este género, las ilusiones y las alucinaciones, con exaltación de las facultades psíquicas y de la personalidad, tanto en lo físico como en lo intelectual y moral. Que el delirio sea de grandezas, de ambiciones, de proyectos estupendos, regeneradores, etc.; que el loco se crea sano, vigoroso, fuerte, capaz de todo, etc., eso no quita que sea víctima de ilusiones y alucinaciones como los demás maníacos, siendo la primera la de la potencia muscular acaso origen de todo lo demás. Luis explica la parálisis general por una enfermedad del cerebelo, y son tan sólidas sus razones que no titubeo en suscribir á su opinión. Su teoría da cuenta cabal de todos los síntomas que presenta esa forma de manía, ya prodrómicos, ya constituyentes del mal en su apogeo, ya terminativos.

Bajo el punto de vista médico legal, por lo tanto, no hay razón para no comprender en el género manía la parálisis general; no hay que formar un tipo radical aparte, porque no lo es. Es una especie de kero-manía en muchos casos, ó por lo menos en ciertos períodos. Greisinger la coloca y describe entre las formas de exaltación mental y con el nombre de monomanía exaltada. En muchas ocasiones, en efecto, el loco mas parece monomaniaco que maníaco, y yo no vacilaria en muchos casos en calificar así esa forma.

De todos modos, ora sea una manía, ora una monomanía, siempre resulta que el delirio de las grandezas no es un tipo radical, no es un género, es una especie, sea de la manía ó de la monomanía, y que por lo mismo está comprendido en el cuadro de nuestra clasificación.

Las manías, como las demencias, no son estados congénitos, sino adquiridos. Algunos de ellos pueden fingirse con algunas probabilidades de buen éxito; otros no; el fraude se revela pronto.

Al hablar de las enfermedades simuladas, ya vimos que lo que mas suele fingirse es la manía y las monomanías, y ya que no lo finjan los sujetos que hayan cometido actos penados, sus defensores apelan á esa locura para librarlos de la pena. Tambien dijimos allí cómo se suele simular por lo comun la manía, y los medios sencillos de descubrir la farsa. Con lo que allí dijimos, y lo que vamos exponiendo en este capítulo, se tienen los recursos necesarios para establecer la debida diferencia entre los verdaderos maníacos y los maníacos falsos.

Los autores suelen presentar en dos cuadros las diferencias que hay entre el verdadero maníaco y el falso, y á la verdad creemos que esos cuadros no llenan ni pueden llenar su objeto.

Es imposible comprender en un cuadro de caracteres propios de la manía las infinitas variaciones de esta: así como tampoco es posible hacer otro de todos los medios artificiales de que se valen ciertos sujetos para fingirse locos maníacos. Si hay algunos rasgos generales de aplicación á todos los casos, hay otros que no los tienen mas que en algunos.

En otras ediciones hemos seguido á los autores, trazando esos cuadros diferenciales; mas en esta los suprimimos, persuadidos de que no reportan ninguna utilidad práctica.

La fíciés particular de los maníacos, en especial durante sus accesos, su mirada singular, el estado físico de su cuerpo, la insensibilidad de algunos al frio, al calor, á la luz del sol, que miran de hito en hito, sus errores de sentidos, sus alucinaciones, su insomnio, su ayuno, su voracidad por ciertas cosas repugnantes, su agitación, su locuacidad ó su silencio profundo, superior á todo medio, su inmovilidad marmórea, etc.,

son rasgos de tal naturaleza, que para fingirlos bien y con buen éxito se necesitaría, sobre una voluntad de hierro, que no es comun, una habilidad artística ó cómica, que lo es menos, unida á no poca instruccion. Una observacion detenida y calculada, rodeando á los maníacos de sorpresas y ardidés, vencerá siempre al farsante, y hará comprender que no está maníaco de este ni de aquel modo.

Si, ni lo dicho al tratar de las enfermedades simuladas, ni lo expuesto en este párrafo basta para distinguir, en ciertos casos, á los maníacos verdaderos de los falsos, por prestarse mucho á la ficcion la forma simulada, se apelará á los medios que expondremos mas detenidamente al hablar de las monomanías sin delirio, que tanto pueden confundirse con los estados cuerdos.

*Monomanías.* — Hemos dicho que las monomanías inofensivas son infinitas; y tanto por eso, como porque raras veces por sí dan lugar á cuestiones médico-legales, en especial de las que versan sobre hechos de responsabilidad criminal, nos limitaremos á lo que ya llevamos indicado respecto de ellas en la clasificacion, para ocuparnos mas detenidamente en las que son peligrosas, ó que incitan á cometer actos penados por la ley.

*Monomanía homicida.*

Los maníacos, arrebatados á veces, atentan contra la seguridad personal, matan, hieren y destruyen en su furor ó paroxismos exaltados. Algunas veces los dementes y hasta imbéciles pueden matar. Mas no son estos los monomaníacos homicidas. Estos locos matan á veces con delirio, pero sanguinario, otras sin él; y estos son los que realmente deben llevar el nombre de monómanos homicidas por excelencia, porque no tienen delirio, no obran movidos por errores de sentidos ó alucinaciones, sino por un impulso interno, instintivo y orgánico que los conduce á destruir. Estos últimos obran sin voluntad, sin pasion, sin delirio y sin motivo; es un arrastramiento ciego superior á la voluntad, al grito de la conciencia, una aberracion de la fuerza muscular ó del instinto de la lucha, que va á ejercerse sobre objetos que no han excitado ningun sentimiento de ira ni venganza.

De aquí es que á menudo se establece en el interior de esos monomaníacos un combate rudo entre su impulso al asesinato y los sentimientos buenos de que se hallan poseidos, y la violencia de este combate está en razon del impulso que los empuja y del grado de razon y sentimientos que los guian en sus actos ordinarios, y que á la sazón conservan.

En algunas circunstancias, cualquiera que sea el carácter del delirio de los monomaníacos, si causan la muerte, su voluntad no tiene fuerza: en otros el deseo de matar es grande, y se renueva segun es combatido por el enfermo: en unos la impulsión es mas enérgica, y se establece un combate interior que turba y conmueve al loco, colocándole en las angustias mas espantosas; finalmente, en los menos el impulso es tan violento é instantáneo, que no hay tiempo para luchar, y la accion sigue inmediatamente: este combate, estas dudas son tanto mas enérgicas, cuanto mayor es la sensibilidad é inteligencia que conserva el sujeto.

Mas comunmente de lo que pudiera creerse, las facultades afectivas de los enagenados están cambiadas ó pervertidas. Los hombres de conducta mas ejemplar y de mejor carácter han confesado que la idea del homicidio los habia atormentado durante su delirio, particularmente al principio

de la enfermedad. Estos lamentables impulsos no son provocados ni por odio, ni por cólera, como en los maníacos furiosos; son espontáneos, fugaces y extraños al delirio habitual. Un antiguo magistrado dijo á Esquirol repetidas veces, que nada en el mundo le decidiria á intervenir en cuestiones de un corazon criminal, desde que él mismo habia sufrido un acceso de locura. Igual revelacion le hizo otro jóven obligado por su destino á sentarse en un tribunal. A mí me han hecho igual revelacion algunos sugetos, y entre ellos un jóven de buena familia, rico, que vino á consultarme aterrado por los conatos á matar que se sentia. La persistencia y pertinacia de estas impulsiones deplorables caracterizan algunas veces la monomanía homicida sin delirio.

La monomanía homicida es comun á todas las edades, pues los niños de ocho á diez años no están libres. Ordinariamente es periódica, el paroxismo ó acceso es precedido de síntomas que indican excitacion general. Algunos de los enfermos se quejan de cólicos, ardor en las vísceras, cefalalgia, insomnio; la cara está pálida ó roja, el color de la piel es oscuro, el pulso es lleno y duro, el cuerpo se encuentra en un estado de temblor convulsivo. Ordinariamente el enfermo hiere sin que ningun acto exterior pueda hacer presentir el acceso á que va á entregarse. Cumplido el acto, parece que finaliza el acceso: hay monomaníacos homicidas que parecen estar libres de ese sentimiento tan angustioso: están serenos, sin pesares, sin remordimientos, y contemplando á sangre fria la víctima, expresando una especie de satisfaccion: los más, lejos de huir, permanecen al lado del cadáver, ó se denuncian espontáneamente. Algunos, sin embargo, temen el castigo y se sustraen de toda pesquisa, ocultando las huellas del crimen; pero bien pronto, si no se entregan, cuando son presos por los agentes de seguridad, se apresuran á revelar su accion dando los mas pequeños pormenores.

Para acabar de dar una idea cabal de lo que es la monomanía homicida, y preparar la cuestion que luego vamos á agitar sobre las monomanías, vamos á exponer algunos casos prácticos é historias de esta especie, tanto de los que van acompañados de delirio, como de los que carecen de él, y algunos de monomanías homicidas instantáneas.

Catalina Olhaver, de edad de treinta y tres años, hija de una madre que ya habia querido matarla á ella, nodriza del hijo del doctor S., tuvo un fuerte cólico que duró algunos dias, cierto movimiento en el estómago y una especie de ansiedad. Una noche habiendo quedado sola con dos niños en su cuarto, vió un cuchillo encima de una mesa, y al momento la asaltó la idea de degollar á su hijo de leche, al que tenia á la sazón en su falda. Pareciale que estaba oyendo una voz que le aconsejaba este asesinato. Espantada de su idea, se va del gabinete con el cuchillo en la mano, se baja á la cocina, tira el cuchillo; y pide á la cocinera que no la deje, puesto que la están atormentando malos pensamientos. La cocinera no accede; Catalina vuelve al gabinete, y siente la misma diabólica inclinacion, de la que procura distraerse cantando y bailando con los niños, á los cuales, en fin, acuesta. Catalina vuelve á pedir á la cocinera que no la deje, que ella saldrá á buscar á sus amos, y sin poder obtener nada de lo que pide acaba por acostarse. Apenas se duerme, despierta súbitamente mas acosada que nunca del deseo de matar al niño; se levanta, y afortunadamente llegan sus amos. Con esto se tranquiliza; vuelve á dormirse, y de nuevo reaparece la horrible idea; grita la infeliz y pide que no la dejen sola, que la asaltan malos pensamientos, pero no